

da á mi lado, ora bordaba unas babuchas para su padre, ora tocaba en el piano una de sus eternas «réveries» de Rosellen; más yo la dejaba bien tranquila, os lo juro. No obstante, á veces, en el punto más petético de nuestras lecturas, reaparecía la niña cursi formulando en voz alta una interrupción impertinente, como por ejemplo:—Tendré que enviar por el afinador.

O bien:

—¡Toma!... Me he saltado dos puntos del bordado.

Al oír tal, cerraba el libro lleno de despecho, con ánimo de no continuar; pero los ojos negros tenían un modo de mirarme, que en el acto me apaciguaba y proseguía.

Había tal vez no poca imprudencia en dejarnos solitos de aquella suerte en el salón junquillo. Calculad que ambos—los ojos negros y Deseo-de-agradar—apenas sí sumábamos treinta y cuatro años... Por fortuna allí estaba la señorita Pierrotte sin dejarnos á sol ni á sombra, y era la tal una vigilante muy fina, muy ducha y perspicaz, cual cumple á la guardia de un polvorín... Una vez,—me acuerdo perfectamente—los ojos negros y yo estábamos instalados en un canapé del salón. Era á primera hora de la tarde de un día templado de Mayo: la ventana estaba entreabierta y las grandes cortinas caídas hasta el suelo. Leíamos el «Fausto». Terminada la lectura, se me cayó el libro de las manos y permanecimos un instante el uno junto al otro, sin hablarnos, en medio de la penumbra y el silencio. Ella había apoyado su cabeza sobre mis hombros dándome ocasión de curiosear por su entreabierta pañoleta los dijes y medallas que brillaban en el fondo de su preciosa garganta... De repente surgió entre los dos la señorita Pierrotte y hubiérais visto con qué viveza me envió al otro extremo del canapé; y que homilia nos enjaretó:

—Muchachos, esto no está bien... Estáis abusando de la confianza que se os dispensa... Es necesario poner á papá el corriente de vuestros proyectos... Vamos á ver, Daniel, ¿qué día vais á hablarle?

Prometí hacerlo á la mayor brevedad, así que concluyera mi gran poema. Esta promesa apaciguó algún tanto á nuestra vigilante: pero en cambio desde el día aquel los ojos negros tuvieron vedado el sentarse en el canapé, junto á Deseo-de-agradar.

¡Ah! ¡La señorita Pierrotte era muy rígida! Calculen us

tedes que durante los primeros tiempos se oponía tenazmente á que los ojos negros me escribieran; pero por fin cedió, con una condición indeclinable, había que enseñarle la correspondencia y no se contentaba sólo con leer las cartas adorables, impregnadas de pasión que trazaban los ojos negros, sino que, de vez en cuando, ponía ella alguna frase de su cosecha, por el estilo:

—Esta mañana estoy muy triste... Me he encontrado con una araña en el armario. Araña por la mañana, designa pesadumbre.

O bien:

Huesos de melocotón en sueños, matrimonio desbaratado.

Y siempre el mismo estribillo:

Es necesario hablarle á papá.

¡A lo que respondía yo invariablemente:

Cuando haya concluido el poema.

## VIII

### Una lectura en el pasaje del Salmón

Por fin terminé el famoso poema. Llegué al final después de cuatro meses de trabajo; me acuerdo que al hacer los últimos versos, ya no podía escribir, de tal modo las manos me temblaban de fiebre, de orgullo, de placer y de impaciencia.

En el campanario de San Germán, aquello fué un acontecimiento.

En aquella ocasión, mi hermano volvió á ser por un día el Jacobo de otros tiempos. Encuadernóme una magnífica libreta, empeñándose en copiar en ella todo el poema de su propio puño y letra, y á cada verso lanzaba un grito de admiración y pateaba de entusiasmo... En cambio yo tenía mucha menos confianza en mi obra... Jacobo me quería demasiado, y yo no me fiaba de su juicio. Yo hubiera deseado saber la opinión de alguna persona imparcial y segura... Pero, ¿á quién dirigirme, si no conocía á nadie?

Y eso que en el figón, lo que sobraban eran ocasiones de trabar conocimientos.

*Poquita Cosa.—11*



Desde que éramos ricos acostumbraba á comer en la mesa redonda de la sala del fondo. Reuníanse allí como una veintena de jóvenes, escritores, pintores, arquitectos, ó por mejor decir, gérmenes de todo eso. En el día los gérmenes han crecido, y algunos de aquellos jóvenes, se han hecho célebres, hasta el punto de que no puedo yo, que nada soy, ver sus nombres en los periódicos, sin que se oprima mi corazón. Al principio, todos los de la mesa me recibían con los brazos abiertos; pero como por exceso de cortedad, procuraba no inmiscuirme en sus debates, presto se olvidaron de mí y me hallé tan aislado entre ellos, como cuando comía solo en una mesita de la sala común. Oía, y no decía una palabra.

Una vez por semana comía con nosotros cierto famosísimo poeta, de cuyo nombre no me acuerdo; pero sí de que todos aquellos señores le llamaban Baghavat, que era el título de uno de sus poemas. En tales días, destapábamos algunas botellas de Burdeos, de á dieciocho sueldos, y á los postres, el eminente Baghavat recitaba un poema indio.

Los poemas indios formaban su especialidad. Tenía uno intitulado «Lakçamana», otro «Daçaratha», otro «Kalatcala», otro «Bhagiratha», y luego «Cudra, Cunocepa, Viçvamitra»... pero ninguno igualaba á «Baghavat». ¡Ah! Cuando el poeta recitaba su «Baghavat», la sala se venía abajo. Los unos rugían, los otros pateaban, algunos se encaramaban sobre la mesa. Yo tenía al lado á un arquitecto de exigua talla, y nariz colorada, que al primer verso poníase á sollozar, y durante toda la lectura, se enjugaba los ojos con mi servilleta.

Por espíritu de imitación, yo gritaba más recio que los demás; pero, en el fondo, Baghavat, no me hacía feliz ni mucho menos.

En último término, todos sus poemas indios se parecían.

En ellos, salía siempre lo mismo, un lotus, un condor, un elefante y un búfalo; á veces, por variar, el «lotus» se llamaba «lotos», y fuera de esta variante, allá se iban todos aquellos engendros: no había que buscar en ellos pasión, ni verdad, ni fantasía... versos y más versos... en suma, una verdadera mistificación. Tal es la opinión que tenía formada, del eminente Baghavat, aunque quizás le habría juzgado con mayor benevolencia, si alguna vez me hubie-

sen invitado á leer algo; pero nadie se acordaba de mí, y esto me volvía implacable... Después de todo, no era yo el único que opinaba así de la poesía india. Mi vecino de la izquierda tampoco mordía el anzuelo. ¡Qué tipo era aquel hombre!

Oleoso, raído, lustroso, con la espaciosa frente unida á una gran calva y una barbaza, entre cuyos pelos, llevaba siempre enredado algún fideo; era el más viejo de la mesa y de mucho, pero de mucho, el más inteligente. Como todos los grandes talentos era muy parco en palabras; no quería prodigarse.

Todos le respetaban y decían de él:

—¡Oh, es una gran cosa!... ¡Es un pensador!

A mí me bastaba ver la irónica mueca que se dibujaba en sus labios cuantas veces el eminente Baghavat leía sus versos, para formarme de aquel hombre una opinión muy ventajada.

A veces pensaba:

—He aquí un hombre de gusto... ¿si yo le leyera el poema?...

Una tarde, al levantarnos de la mesa, mandé traer una botella de aguardiente y supliqué al pensador que se quedara á beber una copa conmigo. Aceptó la oferta, cediendo á su vicio favorito, que yo le conocía muy bien. Mientras bebíamos, hice que la conversación recayera en el eminente Baghavat, y empecé á decir pestes de los lotus, condores, elefanes y búfalos.

¡Valor se necesitaba... Los elefantes, sobre todo, son tan rencorosos!...

El pensador me dejaba charlar, y sin interrumpirme, iba echándose aguardiente en la copita; de vez en cuando, sonreía y meneaba la cabeza en señal de aprobación, diciendo:

—Ya... ya...

Su actitud me animó, hasta confesarle, que yo, también había compuesto un gran poema y deseaba someterlo á su opinión.

—Ya... ya...—respondió el pensador sin pestañear.

En vista de sus buenas disposiciones, me dije:

Esta es la mía.

Y desenvainé el poema.

El pensador, sin inmutarse, se llenó la copa por quinta



vez, miróme tranquilamente sin desenrollar el manuscrito; pero llegó el instante supremo, alzó su mano de marfil, y poniéndomela sobre el brazo, dijo:

—Joven, una palabra antes de empezar... ¿Qué criterio tiene usted?

Clavé en él los ojos con inquietud.

—Pero hombre, ¿qué criterio?—replicó el terrible pensador alzando la voz.—Sepamos antes, ¿cuál es el criterio de usted?

¡Ay de mí! ¿Mi criterio? Ni tenía criterio, ni nunca había pensado en tenerlo... Harto se leía eso en mis ojos asombrados, en mi rubor, en la confusión que me avasallaba.

El pensador se levantó indignado:

—¿Cómo! ¿No tiene usted criterio, desventurado joven? Entonces, ¿á qué perder el tiempo leyendo ese poema? Nada, de antemano ya me hago cargo de lo que vale.

Y sin más que echarse al colete una tras otra dos ó tres copitas, las únicas que restaban en el fondo de la botella, cogió el sombrero, y se marchó haciendo rodar sus ojos furibundos.

Por la noche hubé de contar la aventura á Jacobo, que se encolerizó de lo lindo.

—¿Sabes que el tal pensador será un imbécil?—me dijo.

—Vamos á ver, ¿de qué sirven los criterios? ¿Lo tienen acaso los ruisñores? ¡Pues, señor, me choca!... Un criterio!... ¿Y qué es eso? Quisiera saber en qué consisten, dónde los fabrican... ¡Arre allá, mercachifle de criterios!

¡Pobre Jacobo! Ante la afrenta que mi obra y yo nos habíamos de recibir, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Oye Daniel,—repuso al cabo de un rato,—tengo una idea...

Puesto que te empeñas en leer el poema, ¿qué te parece si el domingo fuéramos á leerlo en casa de Pierrotte?

—¿En casa de Pierrotte?... Pero Jacobo...

—¿Y por qué no? Me hago cargo de que Pierrotte no es un águila, que digamos; pero tampoco es tan topo, como muchos se figuran... Tiene la cabeza muy despejada y la conciencia muy recta... Camila será un juez excelente, aunque algo parcial... Y en cuanto á la señora de gran merito, es una mujer muy leída... Luego, el tío Lalouette con todas sus trazas de pájaro disecado, no es tan zopenco como

parece á simple vista... A más de que Pierrotte conoce en París personas muy distinguidas á quienes podrá invitar para la lectura... ¿Eh? ¿Qué te parece? ¿Quieres que le diga algo?...

No era muy halagüeña la idea de ir al pasaje del Salpêtrón en busca de jueces y auditorio; pero el prurito que tenía de leer mis versos era tal, que aunque al principio la cosa me viniere cuesta arriba, acabé por acceder al proyecto de Jacobo.

Este, al día siguiente fué á decírselo á Pierrotte. Dudo mucho que el buen cevenol llegara á darse cuenta exacta del asunto; pero como el buen hombre veía en ello ocasión de complacer á los hijos de la señorita, dijo que sí, sin titubear, y en el acto, se extendieron las debidas invitaciones.

Nunca se vió semejante fiesta en el salón junquillo. Pierrotte quiso honrarme invitando á la flor y nata del ramo de porcelana.

A más del personal de costumbre, la noche de la lectura, teníamos al señor Passajón con su esposa y su hijo, el veterinario, uno de los alumnos más brillantes de la escuela de Alfort; á Ferrouillat menor, un fracmasón dotado de gran facilidad de palabra, que acababa de alcanzar un triunfo de cien mil diablos en la logia del Gran Oriente; luego á los Fougereux, con sus seis hijas, puestas en fila de mayor á menor á guisa de tubos de órgano de iglesia, y por último, á Ferrouillat mayor, miembros del «Caveau», que era el hombre más distinguido de la tertulia. Al verme ante tan imponente areópago, no hay que decir cuán emocionado me sentía.

Como quiera que se les hubiese dado á entender que habían sido llamados para juzgar una obra poética, todos aquellos señores habían tenido por conveniente poner una cara propia de las circunstancias, es decir, glacial, apagada, exenta de sonrisas.

Todos cuchicheaban entre sí, con mucha gravedad, moviendo la cabeza, como si fuesen magistrados. Pierrotte no estaba en el intríngulis y les miraba á todos con asombro...

Cuando todo el mundo estuvo allí, tomamos asiento, yo de espaldas al piano y el auditorio formando semicírculo á mi alrededor, con excepción del viejo Lalouette que



se hallaba en su sitio habitual, mascullando un terroncito de azúcar.

Calmados los primeros rumores, empecé con voz entrecortada por la emoción, la lectura del poema, entre un silencio sepulcral.

Era un poema dramático, que llevaba el pomposo título de «Comedia pastoral»... Desde los primeros días de su cautiverio en el colegio de Sarlande, Poquita Cosa se solazaba contando á los chiquitines, caprichosas historietas, en que figuraban grillos, mariposas, y otros bichos por el estilo. La «Comedia pastoral», comprendía tres cuentecillos de esos, debidamente dialogados y puestos en verso. Estaba dividida en tres partes, pero aquella noche, leí sólo la primera.

Con permiso de ustedes voy á transcribir este fragmento de la «Comedia pastoral», no como un trozo selecto de literatura, sino sólo como documento justificativo á unir á la «Historia de Poquita Cosa».

Transportáos por un instante, lectores queridos, á la reunión aquella, figuráos que os halláis sentados en el corro del salón junquillo, y que Daniel Eyssette recita ante vosotros, con trémulo acento:

### *Las aventuras de una Mariposa azul*

El teatro representa la campiña: son las seis de la tarde: el sol se pone. Al levantarse el telón, una Mariposa azul y una Coccinela, macho (1), departen amigablemente, posados sobre un tallo de helecho. Por la mañana, se encontraron, y han pasado el día juntos. Siendo ya muy tarde, la Coccinela se dispone á retirarse.

LA MARIPOSA

Con que te vas... ¿tan presto?

LA COCCINELA

Es ya muy tarde,  
es hora de ir á casa...

(1) Insecto pequeño vulgarmente llamado Mariquita ó coquito de San Antón.

LA MARIPOSA

¡Cuánta prisa!

Aguarda un rato más... Siempre es temprano para ir á recogerse y aburrirse.

¿Qué has de encontrar en casa? Una ventana y una puerta á lo más y cuatro muros, cuando aquí tienes sol, rocío, espacio y hermosas amapolas y aire suave.

¿Tal vez las amapolas no te gustan?

LA COCCINELA

¿Si me gustan, preguntas? Me enamoran.

LA MARIPOSA

Ea, pues, no seas tonto, no te marches...  
Quédate aquí conmigo... El aura es dulce  
¡Qué bien se está!...

LA COCCINELA

Sí, pero...

LA MARIPOSA (*empujándolo hacia la hierba*)

Anda tontuelo  
revuélcate en la hierba, es nuestra toda!...

LA COCCINELA (*resistiendo*)

No... no... por caridad, partir me deja...

LA MARIPOSA

¡Chito! ¿Oyes?



LA COCCINELA (*azorada*).

¿Qué?

LA MARIPOSA

Una cordoniz, escucha...  
Se embriaga cantando allá en la viña...  
En una tarde así ¡qué lindo canto!...  
¡y cómo se oye bien desde este sitio!...

LA COCCINELA

Verdad... pero...

LA MARIPOSA

¡Silencio!

LA COCCINELA

¿Qué hay?

LA MARIPOSA

Son hombres.

(*Pasan hombres.*)

LA COCCINELA (*en voz muy baja, despues de un rato de silencio*).

Dicen que son tan malos?

LA MARIPOSA

Uf! ¡Perversos!

LA COCCINELA

Vivo siempre en un tris por si me pisan  
con sus enormes pies, siendo tan frágil...  
No eres muy grande tú; más tienes alas...

LA MARIPOSA

Pardiez, si á esos zopencos tanto temes  
subiéndote á mi espalda estás segura...  
Fuerte soy, y las alas que me adornan  
no son de brizna de cebolla, como  
las de la delicada señorita.  
Sube y te llevaré donde desees  
y cuanto gustes...

LA COCCINELA

No... gracias, señora,  
Nunca yo me atreviera...

LA MARIPOSA

¿Tan difícil  
encuentras la subida?... ¡Arriba imbécil!

LA COCCINELA

Me llevarás á casa... De otro modo...

LA MARIPOSA

En menos de un minuto; vas á verlo.

LA COCCINELA (*encaramándose sobre la Mariposa*).

Rezamos el rosario cada noche,  
ya ves...



MARIPOSA

Sí, ya comprendo... Atrás un poco...  
Así... ¿Estás bien?... ¡Silencio! A partir vamos.  
(¡Prri!... Parten volando. El coloquio continúa, pero  
en el aire.)

Bravo, amiguito, bravo!... Apenas pesas.

LA COCCINELA (azorada).

¡Señora!

LA MARIPOSA

¿Qué tenemos?

LA COCCINELA

Nada veo...  
me rueda la cabeza... tengo vértigo...  
quiero bajar, señora...

LA MARIPOSA

No seas torpe,  
si vértigo te da, cierra los ojos.  
¿Los has cerrado?

LA COCCINELA (cerrando los ojos).

¡Sí!

LA MARIPOSA

¿Y qué tal te sientes?

LA COCCINELA (con algún esfuerzo).

Un poquito mejor.

LA MARIPOSA (riéndose para su capote).

¡Qué aeronautas  
son los de tu familia, tan famosos!

LA COCCINELA

¡Oh! sí...

LA MARIPOSA

No inventarán ellos la guía  
para regir un globo en el espacio...

LA COCCINELA

¡Oh! no...

LA MARIPOSA

Llegamos ya, caballero.

LA COCCINELA (abriendo los ojos).

Perdóname... No vivo aquí, señora.

LA MARIPOSA

Ya sé, mas como quiera que aun no es tarde  
te he llevado á ese Lirio, es un amigo,  
que á refrescar el pico nos convida.

LA COCCINELA

No tengo tiempo...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1, 66240 SAN ANTONIO DE TEX. MEXICO



LA MARIPOSA

¡Bah! Sólo un segundo.

LA COCCINELA

Y luego, ¿si no quiere recibirme?...

LA MARIPOSA

¡Ven acá! Pasarás por hijo mío  
y te recibirá con agasajo.

LA COCCINELA

Es que es tan tarde...

LA MARIPOSA

Aun canta la cigarra.

LA COCCINELA (*ruborizándose*).

Es que... no tengo un cuarto.

LA MARIPOSA (*llevándolo consigo*).

Y bien, ¿qué importa?

El Lirio ni lo pide, ni lo admite.

*Se introducen en el Lirio.—(Cae el telón).*

En el acto segundo, al levantarse la cortina casi ha anochecido... Véase salir del Lirio á la Mariposa y á la Coccinela macho. Este está un poco ébrio.

LA MARIPOSA (*ofreciendo la espalda*).

¡Y ahora, en marcha!

LA COCCINELA (*encaramándose con bravura*).

¡En marcha!

*(¡Prrrt! Parten volando. Continúa el diálogo en el aire.)*

LA MARIPOSA

Oye, ¿y el Lirio?

¿qué tal te ha parecido?

LA COCCINELA

¡Ay, Dios! Soberbio...  
y tanto como bello, generoso!...

LA MARIPOSA

¡Oh! ¡oh!... Mira á Febea, ya se asoma;  
importa despachar...

LA COCCINELA

¿Por qué?... ¿Traes prisa?...

LA MARIPOSA

Yo no, tú la tendrás, según presumo.



LA COCCINELA

¡Con tal que llegue á la hora del rosario!...  
A más, no está tan lejos...

LA MARIPOSA

Como gustes

LA COCCINELA (*con efusión*).

¡Cuán buena eres! A fe que no me explico  
cómo todos acá no te idolatran...  
Decir suelen de ti:—«Es una bohemia...  
muy loca y saltarina»...

LA MARIPOSA

¿Quién tal dice

LA COCCINELA

¡Toma! El Escarabajo...

LA MARIPOSA

¡Ah, sí!... Me nombra  
saltarina quizás, porque él cría panza.

LA COCCINELA

Y no es él sólo, no, quién te detesta.

LA MARIPOSA

¿Quién más?

COCCINELA

os Caracoles. ¿No lo sabes?  
Hormigas y Alacranes y otros muchos.

LA MARIPOSA

¿De veras?...

LA COCCINELA (*confidencialmente*,

A la Araña no requiebres,  
te halla fea.

LA MARIPOSA

La habrán mal informado.

LA COCCINELA

Las Orugas, en fin, piensan lo mismo.

LA MARIPOSA

No lo extraño; mas dí y entre tus deudos  
que al fin no sois Orugas, ¿qué se opina?  
¿Soy mal vista también?

LA COCCINELA

Esto depende...  
La juventud es tuya, los ancianos  
te encuentran poco aplomo, poco seso...

LA MARIPOSA (*con tristeza*)

¡No tengo simpatías... lo conozco!



## LA COCCINELA

¡Es cierto, pobrecita!... Las Hormigas te detestan, y el Sapo, y mira, el Grillo no te nombra sino en tono de mofa...

## LA MARIPOSA

¿Y tú piensas también como esos pícaros?

## LA COCCINELA

Al contrario... Te adoro... En tus espaldas se está tan retebién... Luego me llevas á los Lirios... ¡qué gusto!... ¡qué deleite!... Mas quizás te fatigo... Oye, si acaso podemos descansar acá un momento... ¿Verdad que estás cansada?...

## LA MARIPOSA

Sí, un poquit

LA COCCINELA (*señalando unos Lirios*).

Entremos pues ahí.

## LA MARIPOSA

¿Lirios?... No quiero...

(*con aires de libertina*).

Mejor será en la otra...

LA COCCINELA (*ruborizándose*).

¡Qué, en la Rosa!...

¡No, no, jamás!...

LA MARIPOSA (*llevándose consigo*).

¡Por qué? ¡Nadie ha de vernos!  
¡entremos á gozar... todo convidal

(*Entran discretamente en la Rosa. — Cae el telón.*)

En el acto tercero..

Pero yo no quisiera, caros lectores, por más tiempo abusar de vuestra paciencia. En los tiempos que alcanzamos, sé muy bien que los versos, ya no tienen el don de agradar. Así, dejo de transcribir mis lucubraciones, contentándome con relatarte sumariamente el resto de mi poema.

En el tercer acto ha cerrado la noche completamente. Los dos camaradas salen juntos de la Rosa. Intenta la primera acompañar al segundo á su casa paterna; mas la Coccinela macho se opondrá, está muy ébrio y empieza á bailotear por entre la hierba y á gritar desaforadamente... La Mariposa se ve en el caso de conducirlo á su domicilio quieras que no. Al llegar á la puerta se despiden, citándose para nuevas entrevistas. Y entonces la Mariposa, completamente sola, atraviesa las tinieblas de la noche. También ella está un tanto ébria; pero su embriaguez es sombría: piensa en las revelaciones de la Coccinela y se pregunta, llena de amargura, porqué ha de odiarla todo el mundo, siendo así que ella no ha hecho nunca daño á nadie... Cielo sin luna. El viento sopla con fuerza, la campifa yace sumida en la más densa obscuridad. La Mariposa tiembla de miedo y de frío; pero se consuela al pensar que su compañera está en seguridad, al fondo de una guarida bien resguardada... A través de las tinieblas se divisan grandes aves nocturnas que revolotean por la escena silenciosas. De repente brilla un relámpago. Algunos bichos desalmados salen de entre los pedruscos, riendo sarcásticamente y designando á la Mariposa, exclaman:

—¡Nuestra es!

Y en tanto que la desventurada revolotea perpleja y sin rumbo, presa del mayor espanto, un Cardo le larga, al pa-

*Poquita Cosa.*—12



sar, terrible estocada, un Alacrán la despanzurra con sus pinzas, una velluda Araña le arranca un girón de su manto de raso azul, y por fin de fiesta, un Murciélago la aplasta de un formidable aletazo. Cae la Mariposa mortalmente herida, y mientras se agita convulsa sobre la hierba, se regocijan las Hormigas, y los Sapos, exclaman:

—¡Muy bien hecho!

Al rayar el alba las Hormigas se dirigen á sus faenas con calabazas y zurrónes á la espalda, encuentran el cadáver de la Mariposa al borde del camino. Apenas si lo miran, alejándose sin darle sepultura. Las Hormigas no trabajan por amor de Dios. Afortunadamente acierta á pasar por allí una cofradía de Necróforos, que son, como sabrías muy bien, unos animalillos negros, los cuales han hecho voto de enterrar á los muertos. Cediendo á sus piadosos instintos, se uncen al cadáver de la Mariposa y lo conducen al cementerio... Una muchedumbre curiosa se apiña á su paso y cada cual echa su cuarto á espadas. Los negros Grillos sentados en el suelo, á la puerta de su grillera, dicen con gravedad:

—Le gustaban demasiado las flores.

—Trasnochaba mucho,—añaden los Caracoles, y los Escarabajos de vientre hinchado y traje de oro tambaleándose, refunfufían:

—¡Demasiado bohemia! ¡Demasiado calavera!

De entre la multitud no sale una sola palabra de sentimiento en loor de la pobre Mariposa: sólo los Lirios de las llanuras cercanas cierran sus corolas, y las cigarras suspenden sus cantos.

La última escena transcurre en el cementerio de las Mariposas. Cuando los Necróforos dan por cumplida su obra, un solemne Saltón, que seguía en pos de la comitiva, se acerca á la fosa, y tumbándose panza arriba, empieza á hacer el panegírico de la difunta. Pero á lo mejor le falta la memoria y permanece allí gesticulando con las patas en alto y embrollándose por espacio de una hora entera, por lo menos. Termina el orador y se retiran todos. Sólo entonces reaparece la Coccinela macho de las primeras escenas, saliendo de entre las tumbas del cementerio solitario. Llorando á lágrima viva se arrodilla sobre la tierra recién removida y reza una oración piadosa por su querida compañera que allí descansa

## XI

### Tú venderás porcelana

Al llegar al último verso de mi poema, Jacobo se levantó entusiasmado para espetar en un bravo; pero se paró en firme al contemplar el gesto de todas aquellas buenas gentes.

En verdad creo que á hacer irrupción en el salón junkillo el caballo de fuego del Apocalipsis, hubiera producido menos estupor que la mariposa azul. Los Passajón y los Fougeroux, estupefactos por lo que acababan de oír, me contemplaban con los ojos desmesuradamente abiertos: los dos Ferrouillat se hacían señas mutuamente. Nadie decía una palabra. Juzgad de mi desconcierto.

De repente, en medio del silencio y la consternación general, surgió de detrás del piano una voz, pero ¡qué voz! apagada, débil, fría, sin timbre, una voz de espectro, haciéndome estremecer. Diez años hacía por lo menos que nadie había oído chistar al hombre de la cabeza pajaril, al venerable señor Lalouette.

—¡Ay, gracias á Dios que han acabado con ella,—dijo aquel extraño vejete, mascullando con rabia un terroncito de azúcar;—á las mariposas las detesto!

Todo el mundo se echó á reír, y luego se empeñó discusión ¡sobre el poema.

Al miembro del «Caveau», la obra le parecía algún tanto larga y sobrado diluída y me aconsejó con instancia que la redujese á dos ó tres cancioncitas, género, dijo, esencialmente francés. El alumno de Alfort, sabio naturalista, me hizo observar que las coccinelas tienen alas, y que por tal motivo la fábula del poema carecía de verosimilitud. En cuanto á Ferrouillat, menor, pretendía que todo aquello lo había leído en alguna parte, aunque no podía precisar donde.

—No le hagás caso,—me dijo Jacobo al oírlo;—es una obra maestra.



Pierrotte no decía nada: parecía muy preocupado. Durante la lectura, el buen hombre estuvo sentado al lado de su hija, y tal vez sintió temblar entre sus manos, la pequeña y harto impresionable de Camila, ó quizás hubo de comprender más de una furtiva mirada negra de sus ojos ardientes; ello es que aquella noche, es el caso de decirlo, Pierrotte guardó una actitud muy extraña, permaneciendo de continuo pegado al canesú de la señorita; ello es que me privó de dirigir la más mínima palabra á los ojos negros, y me retiré del salón muy presto, negándome á oír una cancioncita del miembro del «Caveau», quien de fijo no hubo de perdonarme aquel desaire en el resto de sus días.

Dos días después de esta memorable lectura, recibí un billete de la señorita Pierrotte, tan lacónico como expresivo: «Venga usted cuanto antes: papá lo sabe todo». Y al pie los queridos ojos negros de mi corazón habían puesto en vez de firmar: «Le quiero á usted con toda el alma».

Me perturbó algo, lo confieso, esta gran noticia. Desde hacía dos días, iba con el manuscrito tras de los editores, ocupándome menos de los ojos negros que del poema. Luego la idea de tener una explicación con el grueso cevenol, me halagaba muy poco. Por eso, á despecho del apremiante llamamiento de los ojos negros, estuve algunos días sin dejarme ver por «allá abajo», diciéndome entre mí para afianzar mis intenciones:

—Cuando habré colocado el poema iré.

Desgraciadamente, no pude colocarlo.

Por aquellos tiempos, ignoro si ahora sucederá lo mismo, eran los señores editores personas muy amables, muy bien educadas, muy generosas y complacientes; pero tenían un defecto capital, nunca se les hallaba en casa. Como ciertas nebulosas del firmamento que no son visibles sino para los sabiondos del Observatorio, los editores eran invisibles para la muchedumbre. Id á cualquier hora: siempre os recibirán del mismo modo:

—¡Vuelva usted otro día!...

¡Dios mío! Cuantas de esas tiendas he recorrido; cuantos picaportes de puertas vidrieras hice girar... ¡Ah! Cuantas estaciones he hecho ante los escaparates de las librerías, laténdome el corazón con violencia, y preguntándome indeciso:

—¿Entraré ó no entraré?

El ambiente de las tiendas era cálido y oía á libro nuevo. En todas partes sucedía lo mismo: hombrecillos calvos y atareados que me contestaban desde el escritorio ó desde lo alto de una doble escala. Por lo que respecta al editor, nunca estaba visible... Todas las noches volvía á casa triste, desfallecido, descorazonado.

—¡Animo!—decía Jacobo,—mañana será otro día.

Y al día siguiente vuelta á entrar en campaña, armado siempre de mi manuscrito... ¡Malhadado manuscrito!... Cada vez se me hacía más pesado é incómodo. Al principio lo llevaba orgulloso debajo del brazo, como un paraguas por estrenar; pero á la postre acabé por avergonzarme de él, y me lo metí sobre el pecho, debajo de la levita cuidadosamente abotonada.

Ocho días pasaron de este modo. Llegó el domingo. Jacobo, siguiendo su costumbre, se fué á comer á casa de Pierrotte; pero fué solo. Cansado ya de la caza de estrellas invisibles, me quedé en cama todo el día... Por la noche, cuando volvió Jacobo, sentóse en el borde del lecho, rependiéndome con dulzura:

—Oye Daniel: obras muy mal no yendo «allá abajo». Los ojos negros lloran, y se desesperan, y se mueren de tristeza... Hemos pasado toda la noche hablando de ti... ¡Ah, tunante! ¡cuánto te quiere!

A mamá Jacobo al decir esto, se le humedecían los párpados.

—¿Y Pierrotte?—preguntó con timidez.—¿Qué dice Pierrotte?

—¿Qué quieres que diga?... Está asombrado de no haberte visto... Es necesario que vayas, Daniel... ¿Verdad que irás?

—Mañana sin falta... te lo juro.

Durante este coloquio, Cucú-Blanc había entrado en su aposento y empezaba su interminable cantinela... «¡Tolocototián!... ¡Tolocototián!...» Jacobo se echó á reír.

—Lejos estarás de suponer,—dijo bajando la voz,—los celos que tienen los ojos negros de la vecina... Se figuran tener en ella una rival... Y mira, por más que les he contado lo que hace al caso, no han querido escucharme... ¡Celosos de Cucú-Blanc los ojos negros! ¿Verdad que es chocante?

Me esforcé por reirme, pero en el fondo me avergonza-



ba de que por mi culpa, los ojos negros pudiesen alimentar aquellos celos...

El día siguiente, al principiar la tarde, me dirigí al pasaje del Salmón. Bien hubiera querido encaminarme en derecha al cuarto piso y presentarme á los ojos negros, antes de ver á Pierrotte; pero el cevenol me estaba espionando desde la puerta del pasaje, y no pude escapar de él. Hube de entrar en la tienda y sentarme á su lado detrás del escritorio. Estábamos solos. Sólo de vez en cuando llegaban á nuestros oídos los discretos sonos de una flauta, procedentes de la trastienda.

—Señor Daniel,—me dijo el cevenol con un aplomo en la pronunciación y una facilidad de palabra, que aun no le conocía,—deseo que me diga usted, una cosa muy sencilla y por tanto no me iré por las ramas... Es el caso de decirlo... la chica le ama á usted de todas veras. ¿Y usted á ella?

—Con todo mi corazón, señor Pierrotte.

—Entonces la cosa va á pedir de boca. Oiga usted mis proposiciones. Usted es muy joven todavía y ella también para pensar en boda antes de tres años... Tiene usted pues, tres años por delante que le vendrán de perilla para labrarse una posición... Ignoro si pretende usted seguir comerciando en mariposas azules; pero sí sé lo que haría yo en su lugar... Es el caso de decirlo... Yo me dejaría de cuentos, entraría en la antigua casa Lalouette, me pondría al corriente del pequeño tráfico de la porcelana y me las compondría de manera que dentro de tres años, Pierrotte que se va haciendo viejo, pudiese hallar en mí un consocio al propio tiempo que un buen yerno... ¿Eh?... ¿Qué le parece á usted eso amigo?

Pierrotte, por añadidura, me arrimó un codazo y se puso á reír de un modo... De fijo que el buen hombre se figuraba llenarme de júbilo con el ofrecimiento de ponerme á vender porcelana á su lado. No tuve valor para enfadarme, ni para responderle: estaba anonadado.

Platos, vidrios pintados y globos opacos empezaron á bailar á mi alrededor. Había sobre una estantería colocada frente al escritorio, multitud de pastores y pastoras de loza de colores suaves, los cuales me miraban con aire burlón y parecían decirme blandiendo sus cayados:

—Tú venderás porcelana,

Algo más allá, algunos muñecos chinescos, en túnica de color violeta, agitaban sus venerables cabezorras, asintiendo á lo dicho por los pastores:

—¡Sí... sí... venderás porcelana!

Y en el fondo la flauta irónica y socarrona silbaba débilmente:

—¡Venderás porcelana!... ¡Traficarás en porcelana!...

Había para volverse loco.

Sin duda Pierrotte se figuró que la emoción y el gozo me embargaban la voz.

—Por la noche volveremos á hablar de esto,—dijo para darme tiempo de reponerme.—Ahora puede usted ir á ver á la chica... es el caso de decirlo... la espera debe hacerse insoportable.

Subí á ver á la niña y la encontré instalada en el salón junquillo, bordando las eternas babuchas de papá en compañía de la señora de gran mérito... ¡Perdóname, mi querida Camila! Jamás me pareció tan Pierrotte como aquel día. No, jamás me irritó tanto como entonces la tranquilidad con que tiraba de la aguja, y contaba los puntos en alta voz. Con sus dedos colorados, y sus mejillas en flor, y su aire apacible, tenía muchos puntos de semejanza con las pastoras de la tienda, que con tanta impertinencia acababan de gritarme:

—¡Tú venderás porcelana!

Por fortuna allí estaban también los ojos negros, un tanto velados, un si es no es melancólicos; pero tan ingenuos y gozosos de volver á verme, que me sentí extremadamente conmovido... Aquello duró un solo instante. Pierrotte que iba pisándome los talones entró en el aposento. Quizás ya no tenía la confianza de antes en la señora de gran mérito.

A partir de este momento desaparecieron los ojos negros, y la porcelana triunfó en toda la línea. Pierrotte estaba bromista, insoportable, charlaba por los codos, y los chistes «es el caso de decirlo» llovían espesos como granizo. Comida ruidosa y excesivamente larga... Al levantarnos de la mesa, Pierrotte se me llevó consigo para recordarme su proposición, y como quiera que había tenido tiempo de reponerme, le dije con sangre fría bastante, que la cosa valía la pena de ser meditada con calma,



pidiéndole un mes de plazo para contestarle definitivamente.

Muy sorprendido quedó el cevenol de mis reservas, viendo que no aceptaba de plano sus ofrecimientos; más tuvo el buen gusto de no demostrarlo.

—¡Conformes!—dijo,—corriente, dentro de un mes.

Y no se habló más del asunto. Pero, ¡qué importa! El golpe ya estaba dado, y durante toda la velada, zumbó en mis oídos una voz siniestra y fatal que decía:

—Tú venderás porcelana.

Oía estas palabras en el mascullar de la cabeza pajaril, que acababa de llegar en compañía de la señora Lalouette, yendo á sentarse como de costumbre en el rinconcito del piano; oíalas en las escalas y gorgoritos del flautista, en la indispensable «réverie» de Rosellen que tocó la señorita Pierrotte; lo leía en el corte de sus vestidos, en el dibujo de la alfombra, en la alegoría del reloj de sobremesa, Venus cogiendo una rosa, de la cual se escapaba un amorcillo desdorado; en la forma de todos los muebles, en los menores detalles del fastidioso salón junquillo, donde las mismas gentes hablaban todas las noches de lo mismo, donde el mismo piano tocaba todas las noches la misma «réverie» y que por la mecánica uniformidad de todas las veladas, tenía todas las trazas de un cuadro de movimiento con música. ¡El salón junquillo y un cuadro de movimiento! ¡Oh! ¿Y pues, qué ha sido de vosotros, dónde os escondéis, hermosos ojos negros?

Cuando de regreso de esta enojosa velada, mamá Jacobo tuvo conocimiento de las proposiciones de Pierrotte, montó en cólera mostrándose aún más indignado que yo.

—¡Cómo se entiende!... ¡Daniel Eyssette traficante en porcelana!... ¡No faltaba más!... ¡Sería muy gracioso!—exclamaba el pobre chico rojo de ira.—Nada, como si á Larmartine le pusieran á vender cajas de fósforos, y á Sainte Beuve á despachar escobillas de crin... Pero, ¿qué se habrá figurado ese imbécil de Pierrotte?... En fin, hay que perdonárselo; el pobrete no calza muchos puntos... Ya mudará de tonada ¡vaya si mudará, apenas vea el éxito de tu libro y tu nombre corriendo de periódico en periódico!...

—Jacobo, no lo dudo; pero para que los periódicos se

ocupen de mí, es menester que mi libro se publique, y lo que es por ahora...

—¿Y por qué no ha de imprimirse?

—¡Ay Jacobo!... Porque no puedo echar la zarpa á un editor; porque lo que es esta clase de gentes, nunca están en casa para los poetas... Ahí tienes al eminente Baghat, que si ha querido imprimir versos, ha tenido que hacerlo á sus expensas.

—Pues bien, lo mismo haremos nosotros,—dijo Jacobo descargando un puñetazo sobre la mesa,—imprimiremos el poema por cuenta nuestra.

No pude menos de mirarle estupefacto.

—¿Por cuenta nuestra?...

—Sí, chico, sí... Precisamente en estos momentos el marqués ha dado á la estampa el primer tomo de sus memorias... Veo al impresor todos los días... Es un alsaciano de nariz colorada, que por las trazas debe ser un buen sujeto... Seguro estoy que nos hará crédito... ¡Toma! Y le pagaremos á medida que el tomo vaya despachándose. Con que, ya está dicho: mañana mismo le hablaré.

En efecto, al día siguiente, Jacobo fué á ver al impresor y regresó encantado.

—La cosa es hecha,—dijo con acento de triunfo:—mañana empezará la impresión de tu libro. Esto va á costarnos una bagatela, nueve cientos francos. Hemos convenido en que le firme pagarés de trescientos francos pagaderos cada tres meses. Y ahora fíjate en mis cuentas. El tomo se venderá á tres francos, y como vamos á tirar mil ejemplares, el importe de la edición asciende á tres mil francos. Deducido lo que habremos de pagar al impresor, con más un franco por ejemplar de comisión á los libreros encargados de la venta, y por último descartando los tomos que haya que mandar á los periódicos, claro es como el sol que vamos á realizar un beneficio limpio de mil cien francos. ¿Eh? ¿Qué te parece para un principiante?

¡Sin duda el cálculo era magnífico!... Se acabó el ir á la caza de estrellas invisibles; no más plantones humillantes ante la puerta de las librerías, y para coronamiento una suma redonda de mil cien francos destinada á la reconstrucción del hogar... ¡Cuánta alegría reinó aquel día en el campanario de Saint-Germain!... ¡Qué de ensueños! ¡Qué de proyectos!... Y en los días sucesivos ¡cuántos pequeños



goces saboreados gota á gota! Ir á la imprenta, corregir pruebas, discutir el color de la cubierta, ver salir el papel húmedo aun de la prensa conteniendo vuestros pensamientos impresos, correr dos y tres veces á casa del encuadernador hasta llevarse el primer ejemplar, y abrirlo temblando con la punta de los dedos... decidme ¿puede haber en el mundo delicia igual?

Como es de suponer el primer ejemplar de la «Comedia pastoral» pertenecía de derecho á los ojos negros, y fui á ofrecérselo la misma noche en compañía de mamá Jacobo, anheloso de participar de mi triunfo. Hicimos nuestra entrada en el salón junquillo, radiantes, llenos de orgullo. Todo el mundo estaba reunido allí.

—Señor Pierrotte,—dije al cavenol,—¿me permitirá usted que ofrezca á Camila el primer ejemplar de mi libro?

Y puse el volumen en sus manecitas que temblaban de placer. ¡Oh! Si hubieseis visto cuanto agradecieron la fineza los ojos negros, y de qué modo resplandecían al leer mi nombre impreso en la cubierta! En cuanto á Pierrotte mostraba menos entusiasmo, tanto que le oí preguntarle á Jacobo sobre cuanto podía reportarme aquel volumen.

—Mil cien francos,—respondió Jacobo con aplomo.

Y se pusieron á cuchichear sin que yo me tomara la pena de escucharles. Harto ocupado estaba viendo bajarse sobre el libro las largas y sedosas pestañas de los ojos negros y levantarse á cada instante para contemplarme con admiración... ¡Mi libro!... ¡Los ojos negros!... ¿A quién debía ambos tesoros, más que á mamá Jacobo?...

Aquella noche, antes de recogernos, fuimos á dar una vuelta por las galerías del Odeón, para juzgar del efecto que producía la «Comedia pastoral» instalada en los escaparates de las librerías.

—Aguarda,—me dijo Jacobo,—voy á preguntar cuantos ejemplares se han vendido.

Le esperé paseándome arriba y abajo, no sin mirar con el rabillo del ojo cierta cubierta verde con filetes negros que se destacaba en medio del aparador. Jacobo, pálido de emoción, vino á reunirse conmigo al cabo de un momento.

—Chico, ya han vendido uno... Esto es un buen augurio...

Le estreché la mano silenciosamente. La emoción me hacía enmudecer; pero para mis adentros decía:

—Ya hay en París una persona que ha sacado tres francos de su bolsillo para comprar este fruto de tu ingenio... ya hay una persona que te lee y juzga... ¿Quién será?... ¡Ah! ¡Cuánto diera yo por conocerla! ¡Ay de mí! ¡Cómo habla de figurarme que á esa terrible persona iba á conocerla muy en breve!

Al día siguiente de la aparición del libro, en el preciso momento de sentarme á la mesa redonda para almorzar al lado del hurafío pensador de marras, Jacobo se precipitó en la sala jadeante.

—¡Gran novedad!—dijo llevándoseme fuera.—Esta noche á las siete parto con el marqués... Vamos á Niza á ver á su hermana moribunda. Quizás permaneceremos allí algún tiempo... Pero no tienes que inquietarte por tu subsistencia... El marqués me dobla los honorarios, de suerte que podré mandarte cien francos mensuales... Pero ¿qué tienes chico? Estás pálido. Vaya, Daniel, no seas niño. Vuelve á la mesa, acaba de almorzar y bétete una media de Burdeos, para cobrar ánimo. Yo en tanto iré á despedirme de la familia Pierrotte, á prevenir al impresor, y á los periodistas... No tengo un minuto que perder... Punto de reunión: en casa, á las cinco.

Y escapó por la calle de San Benito á paso largo: yo entré de nuevo en el restaurant; pero ¡no era el caso de comer ni de beber!... La media botella de Burdeos se la echó al coletto el pensador. Ante la idea de que dentro de algunas horas mamá Jacobo partiría, se me cubría el corazón. En vano encaminaba el pensamiento hacia mi libro y hacia los ojos negros, nada era bastante á desterrar de mí mente la idea de que Jacobo partía, y yo me quedaba solo, solo en París, dueño y árbitro de mí mismo y responsable de mis acciones todas.

A la hora indicada nos reunimos. Aunque él estaba también sumamente conmovido, supo aparentar hasta el postrer momento la mayor jovialidad. Hasta el último momento reveló así mismo la generosidad de su alma y el admirable ardor con que me amaba. No pensaba sino en mí, en mi bienestar, en mi existencia. A pretexto de disponer su maleta, lo que hacía era inspeccionar mi ropa blanca, mis prendas de vestir.



—Tus camisas quedan ahí, en ese rincón. ¿Ves Daniel?... Al lado los pañuelos... detrás, las corbatas.

Y yo le decía:

—Pero Jacobo, lo que estoy viendo es que no arreglas tu maleta, sino mi armario...

Armario y maleta debidamente dispuestos, mandó por un carruaje y partimos hacia la estación. Jacobo durante el tránsito me hizo varias recomendaciones. Las había de todas clases.

—Mira,—me decía,—escribeme á menudo... Mándame todos los artículos que aparezcan referentes al poema, y sobre todo el de Gustavo Planché. Yo haré una libreta y los pegaré en las hojas. Aquello será el libro de oro de la familia Eyssette... A propósito, ya sabes que la lavandera viene todos los martes... Sobre todo no te engrías con el éxito... No dudo que éste será enorme; pero no olvides que los éxitos parisinos son asaz peligrosos. Por fortuna aquí tienes á Camila que sabrá librarte de ciertas tentaciones... Por todo lo del mundo, y eso Daniel te lo suplico encarecidamente, no dejes de ir «allá abajo» con frecuencia, y sobre todo no hagas verter lágrimas á los ojos negros.

Cuando tal decía pasábamos por delante del Jardín de Plantas. Jacobo se echó á reír.

—¿Te acuerdas, Daniel,—me dijo,—de la noche de tu llegada, hará unos cuatro ó cinco meses? Entonces también pasamos por aquí. ¡Cáspita! ¡Qué diferencia entre el Daniel de entonces y el de ahora!... ¿Sabes que en cuatro meses has andado mucho?...

Así se lo figuraba y tal como lo creía lo decía mi buen Jacobo, y yo también ¡pobre pigmeo! estaba entonces íntimamente persuadido de haber andado mucho.

Llegamos á la estación; el marqués ya estaba allí, lo cual me dió ocasión de observar, aunque de lejos, á aquel vejete de cabeza de erizo blanco, que andaba dando saltitos por la sala de espera.

—Vaya chico... adiós ¡adiós!...—me dijo Jacobo, y tomándome la cabeza entre sus anchas manos, me dió tres ó cuatro besos con la mayor efusión, yendo luego á reunirse con su verdugo.

Singular sensación la que experimenté al verle desaparecer. Sentíme de repente mucho más pequeño, más ruidito, más apocado, más niño, como si al partir mi hermano se

llevara el meollo de mis huesos, mis fuerzas, mi ardimiento y la mitad de mi menguada estatura. La muchedumbre allí reunida me intimidaba. Volvía á ser Poquita Cosa.

La noche se me venía encima. Poquita Cosa regresó lentamente á su campanario por el camino más largo, es decir, siguiendo los muelles poco menos que desiertos, horriblemente triste ante la idea de que se hallaría solo en su cuarto. De veras hubiera querido permanecer en la calle hasta la madrugada. Pero era menester recogerse.

Al pasar por delante de la portería, el portero le gritó:

—¡Señor Eyssette! ¡Hay una carta para usted!

Era un billete breve, elegante, satinado, saturado de perfumes, con letra de mujer mucho más fina, mucho más fina que la de los ojos negros... ¿De quién podía ser?... Rasgó el sobre con viveza y en la escalera, á la luz de un mechero de gas, leyó:

«Mi querido vecino:

»Desde ayer tengo sobre el velador su «Comedia pastoral»; pero carece de dedicatoria. ¿Será usted tan amable que se digne venir esta noche á ponerla y á tomar una taza de té conmigo?... Ya comprenderá usted que es entre artistas.

IRMA BOREL.»

Y más abajo:

«La señora del principal.»

¡La señora del principal! Al leer esta firma, Poquita Cosa sintió correr por todo su cuerpo un fuerte estremecimiento. Figurábase ver á esa señora tal como se le apareció una mañana bajando la escalera, anegada en terciopelo, hermosa, fría, imponente, con una pequeña y blanca cicatriz al borde del labio. Al pensar que una señora como ella había comprado su volumen, se le llenó de orgullo el corazón.

Permaneció un instante en la escalera, indeciso, con la carta en la mano, no sabiendo si subir á su cuarto ó detenerse en el principal; pero vino de súbito á la memoria una de las recomendaciones de Jacobo: «Sobre todo no hagas verter lágrimas á los ojos negros». Un presentimiento secreto le advertía que si visitaba á la señora del prin-